

MEDITACIONES DE ADVIENTO DEL P. RANIERO CANTALAMESSA

Primera Meditación de Adviento (5-12-14)

“OS DOY MI PAZ” (Jn 14, 27)

P. Raniero Cantalamessa, ofmcap.

La paz como don de Dios en Cristo Jesús

1. ¡Estamos en paz con Dios!

Si se pudiera escuchar el grito más fuerte que hay en el corazón de miles de personas, se oiría, en todas las lenguas del mundo, una sola palabra: ¡paz! La dolorosa actualidad de este tema, unida a la necesidad de dar de nuevo a la palabra paz la riqueza y la profundidad de significado que esta tiene en la Biblia, me ha empujado a dedicar a este tema la meditación de Adviento de este año. Nos ayudará, espero, a escuchar con oídos nuevos el anuncio navideño: “Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor” y también a comenzar a vivir en nuestro interior el mensaje que la Iglesia, cada año, dirige al mundo en la jornada mundial de la paz.

Comenzamos escuchando el anuncio fundamental sobre la paz. Son palabras de Pablo en la Carta a los Romanos:

“Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rom 5, 1-2).

Aún recuerdo lo que sucedió el día que terminó, para Italia, la segunda guerra mundial. El grito de “¡Armisticio! ¡Paz!” rebotó desde la ciudad hasta el campo, de casa en casa. Era el final de una pesadilla; no más terror, no más bombardeos, no más hambre. Parecía que se volvía finalmente a vivir. Algo parecido debía provocar, en el corazón de los lectores, ese anuncio del apóstol: “¡Tenemos paz con Dios! ¡Se ha hecho la paz! ¡Una nueva era ha comenzado para la humanidad en su relación con Dios!”. La suya se ha definido como “una época de angustia” [1]. Los hombres de aquel tiempo tenían la impresión nada infundada de una condena que pesaba sobre su cabeza; Pablo la llama “la

cólera de Dios que se revela del cielo contra toda impiedad” (Rom 1, 18). De aquí, los ritos y cultos exotéricos de propiciación que pululaban en la sociedad pagana de aquella época.

Cuando hablamos de paz, somos llevados a pensar casi siempre a una paz horizontal: entre los pueblos, entre las razas, las clases sociales, las religiones. La palabra de Dios nos enseña que la paz primera y más esencial es la vertical, entre cielo y tierra, entre Dios y la humanidad. De ella dependen todas las otras formas de paz. Lo vemos en la narración misma de la creación. Hasta que Adán y Eva están en paz con Dios, hay paz dentro de cada uno de ellos, entre carne y espíritu (estaban desnudos y no sentían vergüenza), hay paz entre el hombre y la mujer (“carne de mi carne”), entre el ser humano y el resto de la creación. Apenas se rebelan contra Dios, todo entra en conflicto: la carne contra el espíritu (se dan cuenta que están desnudos), el hombre contra la mujer (“la mujer me ha seducido”), la naturaleza contra el hombre (espinas y cardos), el hermano contra el hermano, Caín y Abel.

Por este motivo pensé en dedicar la primera meditación a la paz como don de Dios en Cristo Jesús. En la segunda meditación hablaremos de la paz como tarea en la que trabajar y en la tercera de la paz como fruto del Espíritu, es decir de la paz interior del alma. Son los tres ámbitos de la paz evocados en un himno de la liturgia de las horas. “Paz en el cielo y la tierra, paz a todos los pueblos, paz en nuestros corazones” [2].

2. La paz de Dios prometida y donada

El anuncio de Pablo que acabamos de escuchar presupone que algo ha sucedido que ha cambiado el destino de la humanidad. Si ahora estamos en paz con Dios, quiere decir que antes no lo estábamos; si ahora “ya no hay ninguna condena” (Rom 8, 1), quiere decir que antes había una condena. Veamos qué es lo que ha producido tal cambio decisivo en las relaciones entre el hombre y Dios.

Frente a la rebelión del hombre – el pecado original – Dios no abandona la humanidad a su destino, pero decide un nuevo plan para reconciliarlo consigo. Un ejemplo banal, pero útil Prepara entender, es lo que sucede hoy con los llamados navegadores instalados en el coche. Si a un cierto punto el conductor no sigue las indicaciones dadas por el navegador; gira, por ejemplo, a la

izquierda en vez de a la derecha, el navegador en pocos instantes recalcula un nuevo itinerario, a partir de la posición en la que se encuentra, para alcanzar el destino deseado. Así ha hecho Dios con el hombre, decidiendo, después del pecado, su plan de redención.

La larga preparación comienza con las alianzas bíblicas. Son por así decir “paces separadas”. Primero con personas individuales: Noé, Abraham, Jacob; después, a través de Moisés, con todo Israel, que se convierte en pueblo de la alianza. Estas alianzas, a diferencia de las humanas, son siempre alianzas de paz, nunca de guerra contra enemigos.

Pero Dios es Dios de toda la humanidad: “¿Acaso Dios es solamente el Dios de los judíos? ¿No lo es también de los paganos?”, exclama san Pablo (Rom 3, 29). Estas alianzas antiguas por eso eran por sí mismas temporales, destinadas a ser extendidas un día a todo el género humano. De hecho, los profetas comienzan a hablar cada vez más claro de una “alianza nueva y eterna”, de una “alianza de paz”, (Ez 37, 26), que de Sión y de Jerusalén se extenderá a todas las gentes (cf. Is 2, 2-5).

Esta paz universal viene presentada como un regreso a la paz inicial del Edén, con imágenes y símbolos que la tradición hebrea interpreta en sentido literal y la cristiana en sentido espiritual:

“Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas. No levantará la espada una nación contra otra ni se adiestrarán más para la guerra”(Is 2,4). “El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito; el ternero y el cachorro de león pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá” (Is 11,6-7).

El Nuevo Testamento ve realizar todas estas profecías con la venida de Jesús. Su nacimiento es revelado a los pastores con el anuncio: “¡Paz en la tierra a los hombre que ama el Señor!” (Lc 2, 14). Jesús mismo afirma haber venido a la tierra para traer la paz de Dios: “Mi paz os dejo, dice; vi paz os doy” (Jn 14, 27). La tarde de la Pascua, en la cenáculo, quién sabe con qué divinas vibraciones, sale de su boca de resucitado la palabra ¡Shalom! ¡Paz a vosotros! Como en el anuncio del ángel en Navidad, esta no es sólo un saludo o un deseo, sino algo real que es comunicado. Todo el contenido de la redención estaba dentro de esa palabra.

La Iglesia apostólica no se cansa de proclamar a Cristo en la realización de todas las promesas de paz de Dios. Hablando del Mesías que nacería en Belén de Judá, el profeta Miqueas había preanunciado: “¡Y él mismo será la paz! (Mi 5,4); exactamente lo que la Carta a los Efesios afirmaba de Cristo: “Porque Él es nuestra paz” (Ef 2, 14). “El Nacimiento del Señor – dice san León Magno – es el nacimiento de la paz” [3].

3. La paz, fruto de la cruz de Cristo

Pero ahora nos hacemos una pregunta más precisa. ¿Es con su simple venida a la tierra que Jesús ha restablecido la paz entre el cielo y la tierra? ¿Es verdaderamente el nacimiento de Cristo “el nacimiento de la paz”, o lo es también, y sobre todo, su muerte? La respuesta está en la palabra de Pablo de la que hemos partido: “Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom 5,1). ¡La paz viene de la justificación mediante la fe y la justificación viene del sacrificio de Cristo en la cruz! (cf. Rom 3, 21-26).

Por otra parte, la paz es el contenido mismo de la justificación. Esta no consiste sólo en la remisión (o, según Lutero, en la no-imputación) de los pecados, sino en algo puramente negativo, en un “quitar” algo que había; implica también y sobre todo un elemento positivo, un poner algo que no había: el Espíritu Santo, y con ello, la gracia y la paz.

Una cosa está clara: no se comprende el cambio radical sucedido en las relaciones con Dios, si no se comprende qué ha sucedido en la muerte de Cristo. Oriente y Occidente son unánimes al describir la situación de la humanidad antes de Cristo y fuera de Él. Por una parte, estaban los hombres que, pecando, había contratado con Dios una deuda y debían luchar contra el demonio que les retenía como esclavos: cosas que no podían hacer, estando en deuda infinita y prisioneros de Satanás del que deberían haberse librado. Por el otro lado estaba Dios que podía expiar el pecado y vencer a Satanás, pero no debían hacerlo, es decir no estaban obligados a hacerlo, no siendo Él el deudor. Era necesario que hubiera alguno que reuniera él mismo el que debía combatir y el que podía vencer, y esto es lo que ha sucedido con Cristo, Dios y hombre. Así se expresan, en términos muy cercanos, entre los griegos Nicola Cabasilas y entre los latinos san Anselmo de Aosta [4].

La muerte de Jesús en la cruz es el momento en el cual el Redentor cumple la obra de redención, destruyendo el pecado y trayendo su victoria sobre Satanás. En cuanto hombre, lo que cumple nos pertenece: “Cristo Jesús ha sido hecho por Dios para nosotros, sabiduría, justicia, santificación y redención” (1Cor 1, 30), ¡para nosotros! De otra parte, en cuando Dios, lo que Él opera tiene un valor infinito y puede salvar a “todos los que se acercan a Él”, (Hb 7, 25).

Recientemente ha habido una profundización del pensamiento sobre el sacrificio de Cristo. En 1972 el pensador francés René Girard lanzaba la tesis según la cual “la violencia es el corazón y el alma secreta de lo sagrado” [5]. En el origen, de hecho en el centro de cada religión, incluida la judía, está el sacrificio, el rito del chivo expiatorio que comporta siempre destrucción y muerte. Antes aún de esta fecha, aquel estudioso se había acercado al cristianismo y en la Pascua de 1959 había hecho pública su ‘conversión’, declarándose creyente y volviendo a la Iglesia.

Esto le permitió no detenerse en los estudios sucesivos, en el análisis del mecanismo de la violencia, pero a entender también como salir de la misma. Según él, Jesús desenmascara y quiebra el mecanismo que sacraliza la violencia, haciendo de si mismo el voluntario ‘chivo expiatorio’ de la humanidad, la víctima inocente de toda la violencia. Cristo, decía ya la Carta a los Hebreos, (Hb 9, 11-14), no vino con la sangre de otro, pero con la sangre propia. No ha hecho víctimas, pero se ha hecho víctima. No ha puesto sus pecados sobre los hombros de los otros -hombres o animales-; ha puesto los pecados de los otros en sus propios hombros: “El llevó nuestros pecados en su cuerpo en el madero de la cruz” (1 P 2, 24).

¿Es posible entonces seguir hablando de “sacrificio” de la cruz y, por lo tanto, de la misa como sacrificio? Por mucho tiempo el estudioso citado ha rechazado este concepto, reteniéndolo demasiado señalado por la idea de violencia, pero después, con toda la tradición cristiana, ha terminado por admitir la legitimidad, a condición, dice, de ver en el de Cristo, un tipo nuevo de sacrificio, y de ver en este cambio de significado “el hecho central en la historia religiosa de la humanidad” [6].

Todo esto nos permite entender mejor en que sentido en la cruz se realizó la reconciliación entre Dios y los hombres. Generalmente el sacrificio de expiación

servía a aplacar a un Dios irritado por el pecado. El hombre ofreciendo a Dios un sacrificio, ofrece a la divinidad la reconciliación y el perdón. En el sacrificio de Cristo la perspectiva de vuelca. No es el hombre el que ejercita una influencia sobre Dios, para que se aplaque. Más bien es Dios el que actúa para que el hombre desista de la propia enemistad contra Él. “La salvación no inicia con una petición de reconciliación por parte del hombre, sino con la solicitud de Dios de reconciliarse con Él” [7]. En este sentido se entiende la afirmación del Apóstol: “Es Dios que ha reconciliado con sí el mundo en Cristo” (cf. 2 Cor 5, 19). Y más: “Mientras éramos enemigos, hemos sido reconciliados con Dios mediante la muerte de su Hijo” (Rom 5, 10).

4. “¡Recibid el Espíritu Santo!”

La paz que Cristo nos ha merecido con su muerte de cruz se vuelve activa y operante en nosotros mediante el Espíritu Santo. Por esto en el cenáculo, después de haber dicho a los apóstoles: “Paz a vosotros”, sopló sobre ellos y añadió, como en un solo viento: “¡Recibid el Espíritu Santo!” (Jn 20, 22).

En realidad la paz viene, sí de la cruz de Cristo, pero no nace de Ella. Viene más de lejos. En la Cruz Jesús ha destruido el muro del pecado y de la enemistad que impedía a la paz de Dios de derramarse en el hombre. El manantial último de la paz es la Trinidad. “¡Oh Trinidad bienaventurada, océano de paz!”, exclama la liturgia en un himno suyo. Según Dionisio Aeropagita, “Paz” es uno de los nombres propios de Dios [8]. Él es paz en sí mismo, como es amor y como es luz.

Casi todas las religiones politeístas hablan de divinidades en permanente estado de rivalidad y de guerra entre ellos. La mitología griega es el ejemplo más notable. En rigor del término no se puede hablar como Dios como fuente y modelo de paz, ni siquiera en el contexto de un monoteísmo absoluto y numérico. La paz de hecho, como el amor, no puede existir sino entre dos personas. Esta consiste en relaciones bellas, en relaciones de amor, y la Trinidad es justamente esta belleza y perfección de relaciones. La cosa que más impresiona cuando se contempla el ícono de la Trinidad de Rublev, es el sentido de paz sobrehumana que emana del mismo.

Cuando por lo tanto Jesús dice: “¡Shalom!” y “Recibid el Espíritu Santo”, él comunica a los discípulos algo de la “paz de Dios que supera toda

comprensión” (Fil 4, 7). En este sentido, paz es un sinónimo de gracia y de hecho los dos términos han sido usados juntos, como una especie de binomio, al inicio de las cartas apostólicas: “Gracia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”. (Rom 1, 7; 1 Ts 1, 1).

Cuando en la misa se proclama: “La paz esté con vosotros”, “Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz” y, al final, “Id en paz”, es de esta paz como don de Dios de la que se habla.

5. “¡Dejarse reconciliar con Dios!”

Querría poner en vista ahora como teste don de la paz, recibido ontológicamente y de derecho en el bautismo, tiene que cambiar poco a poco, también de hecho y psicológicamente, nuestra relación con Dios.

El sentido llamamiento de Pablo: “Os suplicamos en nombre de Cristo: dejaos reconciliar con Dios” (2 Cor 5, 20) se dirige a los cristianos bautizados que viven desde hace tiempo en comunidad. No se refiere por lo tanto a la primera reconciliación y tampoco, evidentemente, a aquel que nosotros llamamos “el sacramento de la reconciliación”. En este sentido eso está dirigido a cada uno de nosotros y busquemos entender en que consiste.

Una de las causas, quizá la principal, de la alienación del hombre moderno de la religión y la fe es la imagen distorsionada que se tiene de Dios. Esta es también la causa de un cristianismo apagado, sin entusiasmo y sin alegría, vivido más como un deber que como un regalo. Pienso a como era la grandiosa imagen de Dios Padre en la Capilla Sixtina cuando la vi por primera vez, toda cubierta de una pátina oscura, y como es ahora, después de la restauración, con los colores brillantes y los contornos definidos, como salió del pincel de Miguel Ángel. Una restauración más urgentes de la imagen de Dios Padre debe tener lugar en los corazones de los hombres, incluidos nosotros los creyentes.

¿Cuál es de hecho la imagen “predefinida” de Dios (en el lenguaje de los ordenadores, que opera por defecto) en el inconsciente humano colectivo? Es suficiente, para averiguarlo, hacerse esta pregunta y presentarla también los demás: “¿Qué ideas, qué palabras, qué realidades surgen espontáneamente en ti, antes de cada reflexión, cuando dices: Padre nuestro que estás en los cielos... hágase tu voluntad?”. Inconscientemente, se conecta la voluntad de

Dios a todo lo que es desagradable, doloroso, a lo que, de una u otra manera, puede ser visto como la mutilación de la libertad y el desarrollo individual. Es un poco como si Dios fuera el enemigo de toda fiesta, alegría, placer.

Otra pregunta reveladora. ¿Qué nos sugiere la invocación Kyrie eleison, “¡Señor, ten piedad!”, que puntea la oración cristiana y en algunas liturgias acompaña a la Misa de principio a fin? Se ha convertido sólo en la petición de perdón de la criatura que ve a Dios siempre en el proceso (y el derecho) de castigarlo. La palabra compasión se ha vuelto degradado tanto como para ser utilizada a menudo en un sentido negativo, como algo mezquino y despreciable “dar lástima”, un espectáculo “lamentable”. De acuerdo con la Biblia, Kyrie eleison debería traducirse: “Señor envía tu ternura sobre nosotros”. Basta con leer cómo Dios habla de su pueblo en Jeremías: “Mi corazón se conmueve y siento por él gran ternura” (eleos) (Jer 31, 20). Cuando los enfermos, los leprosos y los ciegos gritan a Jesús, como en Mateo 9, 27: “¡Señor, ten piedad (eleeson) de mí!”, no tienen intención de decir: “perdóname”, sino “ten compasión de mí”.

Dios es visto generalmente como el Ser Supremo, el Todopoderoso, el Señor del tiempo y de la historia, es decir, como una entidad que se impone al individuo desde fuera; ningún detalle de la vida humana se le escapa. La transgresión de su Ley introduce inexorablemente un desorden que exige una reparación. No pudiendo, esta, considerarse nunca la adecuada, surge la angustia de la muerte y del juicio divino.

Confieso que casi me estremezco al leer las palabras que el gran Bossuet dirige a Jesús en la cruz, en uno de sus discursos del Viernes Santos: “Te echas, oh Jesús, en los brazos del Padre y te sientes rechazado, sientes que es precisamente él quien te persigue, te golpea, te abandona bajo el peso enorme de su venganza... La cólera de un Dios airado: Jesús ora y el Padre, airado, no le escucha; es la justicia de un Dios vengador de los ultrajes recibidos; ¡Jesús sufre y el Padre no se aplaca!” [9]. Si así hablaba un orador de la altura de Bossuet, podemos imaginar a lo que se abandonaban los predicadores populares de la época. Así se comprende como se ha formado una cierta imagen “predeterminada” de Dios en el corazón del hombre.

¡Por supuesto, nunca se ha ignorado la misericordia de Dios! Pero sólo se le ha encomendado la tarea de moderar los rigores irrenunciables de la justicia. Es

más, en la práctica, el amor y el perdón que Dios concede han llegado a depender del amor y el perdón que se da a los demás: si perdonas a quien te ofende, Dios, a su vez, podrá perdonarte. Ha surgido una relación de regateo con Dios. ¿No se dice que hay que acumular méritos para ganar el Paraíso? ¿Y no se concede gran relevancia a los esfuerzos que hay que hacer, a las misas que hay que encargar, a las velas que hay que encender, a las novenas que hay que hacer?

Todo esto, después de haber permitido que mucha gente en el pasado demostrara a Dios su amor, no puede ser arrojado a las ortigas, debe ser respetado. Dios hace brotar sus flores – y sus santos – en cualquier clima. No se puede negar, sin embargo, que existe el riesgo de caer en una religión utilitaria, del “do ut des”. Detrás de todo esto está el supuesto de que la relación con Dios depende del hombre. Él no puede presentarse delante de Dios con las manos vacías, debe tener algo para darle. Ahora, es verdad que Dios dice a Moisés: “Nadie se presentará ante mí con las manos vacías” (Ex 23, 15; 34, 20), pero este es el Dios de la ley, todavía no el de la gracia. En el reino de la gracia, el hombre debe presentarse ante Dios realmente “con las manos vacías”; lo único que debe de tener “en sus manos” al presentarse ante él, es a su Hijo Jesús.

Pero veamos como el Espíritu Santo, cuando nos abrimos a él, cambia esta situación. Él nos enseña a mirar a Dios con unos ojos nuevos: como el Dios de la ley, por supuesto, pero aún más como el Dios del amor y de la gracia, el Dios “misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en el amor” (Ex 34, 6). Nos lo hace descubrir como un aliado y amigo, como aquel que “no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (¡es así como debe entenderse Rm 8, 32 años!); En resumen, como un Padre tiernísimo. entonces el sentimiento filial que se traduce espontáneamente en el grito: ¡Abba, Padre! Como quien dice: “Yo no te conocía, o te conocía sólo de oídas; ahora te conozco, sé quien eres; sé que me quieres de verdad, que me eres favorable”. El hijo ha tomado el lugar del esclavo, el amor el del temor. Es así como verdaderamente nos reconciamos con Dios, también en el plano subjetivo y existencial.

Repitamonos también, de vez en cuando, con la alegría íntima y la seguridad jubilosa del Apóstol: “¡Justificados por la fe, tenemos paz para con Dios!”.

-
- [1] E. R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa, desde Marco Aurelio a Constantino*, Florencia, La Nuova Italia 1993.
- [2] Himno de Laudes del Tercer Domingo del Tiempo Ordinario.
- [3] San León Magno, *In Nativitate Domini*, XXXVI, 5 (PL 54, 215).
- [4] N. Cabasilas, *Vida en Cristo*, I, 5 (PG 150, 313); Cfr. Anselmo, *Cur Deus homo?*, II, 18.20; Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, III, q. 46, art. 1 a 3.
- [5] Cfr. R. Girard, *La violence et le sacré*, Grasset, París 1972.
- [6] Cfr. R. Girard, *El sacrificio*, Milán 2004.
- [7] G. Theissen – A. Merz; *El Jesús histórico*, Queriniana, Brescia 2003, p. 573.
- [8] Pseudo Dionisio Areopagita, *Nomi divini*, XI, 1 s (PG 3, 948 s).
- [9] J.B. Bossuet, *Œuvres complètes*, IV, París 1836, p. 365.

(Traducido por ZENIT del original en italiano)

Segunda Meditación de Adviento (12-12-14)

“BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ PORQUE SERÁN LLAMADOS HIJOS DE DIOS”

P. Raniero Cantalamessa ofmcap

La paz como tarea

Después de haber meditado, en la primera predicación, sobre la paz como don de Dios, reflexionamos ahora sobre la paz como tarea y compromiso por el que trabajar. Estamos llamados a imitar el ejemplo de Cristo, convirtiéndonos en canales a través de los cuales la paz de Dios puede alcanzar a los hermanos.

Es la tarea que Jesús indica a sus discípulos cuando proclama:

“Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5, 9). El término *eirenopoioi* no significa los “pacíficos” (estos pertenecen a las bienaventuranzas de los mansos, de no violentos); significa más bien “pacificadores”, es decir, personas que trabajan por la paz.

1. La paz de Jesús es la de César Augusto

Jesús no nos ha exhortado sólo a ser trabajadores de paz, sino que nos ha enseñado también, con el ejemplo y la palabra, cómo se llega a ser trabajadores de paz. Dice a sus discípulos: “Les dejo la paz, les doy mi paz” (Jn 14, 27). En ese mismo tiempo, otro gran hombre proclamaba la paz al mundo. En Asia menor se ha encontrado una copia del famoso “Índice de las propias empresas” de César Augusto. En él, el emperador romano, entre las grandes empresas realizadas por él, pone también la de haber establecido la paz en Roma, un paz, ha escrito, “lograda entre victorias” (*parta victoriis pax*) [1]. Jesús revela que existe otro modo de trabajar por la paz. También la suya es una “paz fruto de victorias”, pero victorias sobre sí mismo, no sobre los otros, victorias espirituales, no militares. Sobre la cruz, escribe san Pablo, Jesús “destruyendo la enemistad en su persona” (Ef 2,16): ha destruido la enemistad, no el enemigo, la ha destruido en sí mismo, no en los otros.

El camino a la paz propuesto por el Evangelio no tiene sentido sólo en el ámbito de la fe; vale también en el ámbito político. Hoy vemos claramente que el único camino a la paz es destruir la enemistad, no el enemigo. Los enemigos se destruyen con las armas, la enemistad con el diálogo. He leído que alguno regañó un día a Abraham Lincoln por ser demasiado cortés con los propios adversarios políticos y le recordó que su deber de presidente era más bien destruirlos. Él les respondió: “¿No destruyo quizá a mis enemigos cuando les hago mis amigos?”

Es la situación del mundo que reclama dramáticamente que se cambie el método de Augusto con el de Cristo. ¿Qué hay en el fondo de ciertos conflictos aparentemente insolubles, si no es precisamente la voluntad y la secreta esperanza de llegar un día a destruir al enemigo?

Lamentablemente, vale también para los enemigos lo que Tertuliano decía de los primeros cristianos perseguidos: “Semen est sanguis chritianorum”: la sangre de los cristianos es semilla de otros cristianos. También la sangre de los enemigos es semilla de otros enemigos; en vez de destruirlos, les multiplica.

“¡No podemos resignarnos –ha dicho el Papa en la reciente visita a Turquía, refiriéndose a la situación en Oriente Medio– a la continuación de los conflictos, como si no fuera posible un cambio a mejor en la situación! Con la ayuda de Dios, podemos y debemos siempre renovar la valentía de la paz!” Un modo –a menudo el único que permanece– de ser trabajadores de paz, es rezar por la paz. Cuando ya no es posible actuar sobre las causas secundarias, podemos siempre, con la oración, “actuar sobre la causa primera”. La Iglesia no se cansa de hacerlo cada día en la Misa con esa cuidada invocación: “Concedenos, Señor, la paz en nuestros días” *da pacem Domine in diebus nostris*. Además de a la paz política, el Evangelio puede contribuir también a la paz social. Se repite a menudo la afirmación del profeta Isaías: “La paz es fruto de la justicia” (Is 32,17). La “*Evangelii gaudium*” pone, al respecto, el dedo en la llaga y denuncia, sin medias tintas, la que es hoy la mayor injusticia que obstaculiza la paz. Dice:

“La paz social no puede entenderse como un irenismo o como una mera ausencia de violencia lograda por la imposición de un sector sobre los otros. También sería una falsa paz aquella que sirva como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres, de manera que

aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden. Las reivindicaciones sociales, que tienen que ver con la distribución del ingreso, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos, no pueden ser sofocadas con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz. La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios". [2]

2. Paz entre las religiones

Delante de los trabajadores de paz, se abre hoy un campo de trabajo nuevo, difícil y urgente: promover la paz entre las religiones. El Parlamento mundial de las religiones, en el encuentro de Chicago de 1993, lanzó esta proclamación: "No hay paz entre las naciones sin paz entre las religiones y no hay paz entre las religiones si no hay diálogo entre las religiones".

El motivo de fondo que permite un diálogo leal entre las religiones es que "tenemos todos un único Dios". El papa san Gregorio VII, en el año 1076, escribía a un príncipe musulmán del Norte de África: "Nosotros creemos y confesamos un sólo Dios, aunque si de forma distinta, cada día lo alabamos y veneramos como creador de los siglos y gobernador de este mundo" [3]. Es la verdad de la que también san Pablo inicia en su discurso el areópago de Atenas: "En Él todos vivimos, nos movemos y existimos" (cfr. Hch 17,28).

Tenemos, *subjetivamente*, ideas distintas sobre Dios. Para nosotros cristianos, Dios es "el Padre del Señor Jesucristo" que no se conoce plenamente sino no "a través de él"; pero *objetivamente*, sabemos bien que Dios no puede haber más que uno. Cada pueblo y lengua tiene su nombre y su teoría sobre el sol, algunas más exactas, otras menos, ¡pero sol hay sólo uno!

Fundamento teológico del diálogo es también nuestra fe en el Espíritu Santo. Como Espíritu de la redención y Espíritu de la gracia, Él es el vínculo de la paz entre los bautizados de las distintas confesiones cristianas; pero como Espíritu de la creación, o Espíritu creador, Él es un vínculo de paz entre los creyentes de todas las religiones e incluso entre todos los hombres de buena voluntad. "Toda verdad, por quien sea dicha -ha escrito santo Tomás de Aquino-, es inspirada por el Espíritu Santo". Como este Espíritu creador guiaba hacia Cristo los profetas del Antiguo Testamento (1Pt 1,11), así nosotros los cristianos

creemos que, en la forma conocida sólo por Dios, guía a Cristo y a su misterio pascual a las personas que viven fuera de la Iglesia” (cf. *Gaudium et spes*, 22). Hablando de la paz entre las religiones, se debe dedicar un pensamiento en parte a la paz entre Israel y la Iglesia. También el Papa, en la “*Evangelii gaudium*”, dirige una atención particular a este diálogo y concluye con estas palabras:

“Si bien algunas convicciones cristianas son inaceptables para el Judaísmo, y la Iglesia no puede dejar de anunciar a Jesús como Señor y Mesías, existe una rica complementación que nos permite leer juntos los textos de la Biblia hebrea y ayudarnos mutuamente a desentrañar las riquezas de la Palabra, así como compartir muchas convicciones éticas y la común preocupación por la justicia y el desarrollo de los pueblos” (EG, 249).

Esa entre los judíos y los gentiles es, para Pablo, la primera paz que Jesús ha realizado en la cruz. Escribe en la Carta a los Efesios:

“Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad, anulando en su carne la Ley con sus mandamientos y sus decretos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo las paces, y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad”. (Ef 2, 14-16).

Este texto ha dado lugar, en la tradición cristiana, a dos representaciones iconográficas distintas y opuestas. En una, se ven a dos mujeres, ambas dirigidas hacia al crucifijo. Este es el caso del crucifijo de San Damián en Asís. En él, las dos mujeres a los lados de las manos del crucifijo – contrariamente a las explicaciones que se dan por lo general – no son dos ángeles (no llevan alas y son figuras femeninas); representan por el contrario, según la más genuina visión de la Carta a los Efesios, una la Sinagoga y la otra la Iglesia, unidas, no separadas, por la cruz de Cristo.

Para convencerse, basta comparar este icono con el de la escuela más tardía de Dionisij (s. XV), donde todavía se ven a dos mujeres, pero una, la Iglesia, empujada por un ángel a la cruz, la otra echada por un ángel fuera de ella.

La primera imagen representa el ideal y la intención divina, según lo expresado por san Pablo; la segunda representa como han ido, por desgracia, las cosas en la realidad de la historia. Una vez he mostrado a un rabino judío amigo mío las dos imágenes. Casi conmovido, ha comentado: "Tal vez la historia de nuestras relaciones habría sido diferente si, en lugar de la segunda, hubiera prevalecido la primera visión". La fidelidad a la historia nos obliga a decir que, si no ha sido así, por lo menos al principio, esto no ha dependido sólo de los cristianos.

Debemos regocijarnos y dar gracias a Dios de que hoy, al menos en espíritu, todos estamos a favor de la visión del crucifijo de San Damián y no al revés. Queremos que la cruz de Cristo sirva para volver a acercar a los judíos y a los cristianos, no para contraponerlos; que también la celebración de la cruz del Viernes Santo favorezca, en lugar de obstaculizar, este diálogo fraterno.

3. Think globally, act locally

Un lema muy de moda hoy dice: "*Think globally, act locally*": piensa globalmente, actúa localmente. Se aplica en particular a la paz. Hay que pensar a la paz mundial, pero actuar por la paz a nivel local. La paz no se hace como la guerra. Para hacer la guerra, se necesitan largos preparativos: formar grandes ejércitos, preparar estrategias, establecer alianzas y luego pasar al ataque compacto. Ay del que quisiera empezar primero, solo y separado; sería votado para una derrota segura.

La paz se hace exactamente al contrario: comenzando de inmediato, siendo los primeros, incluso uno solo, también con un simple apretón de manos. La paz se hace, decía el papa Francisco en una ocasión reciente, "artesanalmente".

Como mil millones de gotas de agua sucia nunca harán un océano limpio, así miles de millones de personas sin paz y de familias sin paz nunca harán una humanidad en paz.

También nosotros, que estamos aquí reunidos, tenemos que hacer algo para ser dignos de hablar de paz. Jesús, escribe el Apóstol, ha venido a anunciar "la paz a los alejados y la paz a los cercanos" (Ef 2, 18). La paz con "los cercanos" a menudo es más difícil que la paz con "los alejados". ¿Cómo podemos nosotros, los cristianos, llamarnos promotores de la paz, si después nos peleamos entre nosotros? No me refiero, en este momento, a las divisiones entre católicos, ortodoxos, protestantes, pentecostales, es decir, entre las

diversas confesiones cristianas; me refiero a las divisiones que a menudo existen entre los que pertenecen a nuestra Iglesia católica, debido a las tradiciones, tendencias o diferentes ritos.

Recordamos las palabras severas del Apóstol a los Corintios:

“Os exhorto, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que seáis unánimes en el hablar, y no haya entre vosotros divisiones; antes bien, estéis unidos en una misma mentalidad y un mismo juicio. Porque, hermanos míos, estoy informado de vosotros, por los de Cloe, que existen discordias entre vosotros. Me refiero a que cada uno de vosotros dice: “Yo soy de Pablo”, “Yo de Apolo”, “Yo de Cefas”, “Yo de Cristo”. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? (1 Co 1, 10-12).

El tema de la Jornada Mundial de la Paz de este año es “Fraternidad, fundamento y camino para la paz.” Cito las primeras palabras del mensaje:

“La fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera”.

El texto apunta a la familia como el primer ámbito en el que se construye y se aprende a ser hermanos. Pero el mensaje también se aplica a otras realidades de la Iglesia: a las familias religiosas, a las comunidades parroquiales, al sínodo de los obispos, a la curia romana. “¡Vosotros sois todos hermanos!” (Mt 23, 8), nos ha dicho Jesús, y si esta palabra no se aplica dentro de la Iglesia, en el círculo más estrecho de sus ministros, ¿a quién se aplica?

Los Hechos de los Apóstoles nos presentan el modelo de una comunidad verdaderamente fraterna, “de acuerdo”, es decir, con “un solo corazón y un alma sola” (Hch 4, 32). Por supuesto, todo esto no puede lograrse si no “por el Espíritu Santo”. Lo mismo sucedió a los apóstoles. Antes de Pentecostés no eran un solo corazón y una alma sola; discutían a menudo sobre quién de ellos era el más grande y más digno de sentarse a la derecha y a la izquierda de Jesús. La venida del Espíritu Santo los transformó completamente; les descentró de sí mismos y les centró en Cristo.

Los Padres antiguos y la liturgia han entendido la intención de Lucas, de crear en la narración de Pentecostés, un paralelismo entre lo que sucede en Pentecostés y lo que había sucedido en Babel. Sin embargo, no siempre se aferra el mensaje contenido en este paralelismo. ¿Por qué en Babel todos hablan el mismo idioma y a un cierto punto nadie entiende más a los otros, mientras que en Pentecostés, a pesar de hablar idiomas diferentes (partos, elamitas, cretenses, árabes...), cada uno entiende a los apóstoles?

Sobre todo una aclaración. Los constructores de la torre de Babel no eran ateos que querían desafiar el cielo, sino hombres piadosos y religiosos que querían construir un templo con terrazas sobrepuestas, llamadas *zigurats*, de las cuales aún quedan ruinas en Mesopotamia. Esto los vuelve más cercanos a nosotros de lo que nos imaginamos. ¿Cuál fue entonces su gran pecado? Estos inician la obra diciendo entre ellos:

“Vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego... Vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en el cielo, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la faz de la tierra” (Gn 11, 3-4).

Quieren construir un templo a la divinidad, pero no para la gloria de la divinidad; para convertirse en famosos; para crearse un nombre, no para hacer un nombre a Dios. Dios es instrumentalizado, tiene que servir a su gloria. También los apóstoles, en Pentecostés inician a construir una ciudad y una torre, la ciudad de Dios que es la Iglesia, pero no para hacerse un nombre, sino para darlo a Dios: “Les oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios” (Hch 2, 11). Están enteramente absorbidos por el deseo de glorificar a Dios, se han olvidado de sí mismos y de hacerse un nombre.

San Agustín ha tomado de aquí una idea para su grandiosa obra *La Ciudad de Dios*. Existen, dice, dos ciudades en el mundo: la ciudad de Satanás, que se llama Babilonia, y la ciudad de Dios, que se llama Jerusalén. Una está construida sobre el amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios, y la otra sobre el amor a Dios hasta el sacrificio de sí mismo. Estas dos ciudades son dos construcciones en obras hasta el final del mundo y cada uno tiene que elegir e cuál de las dos quiere dedicar su vida.

Cada iniciativa, también la más espiritual, como es, por ejemplo, la nueva evangelización, puede ser o Babel o Pentecostés. (También, naturalmente, esta meditación que yo estoy dando). Es Babel si cada uno con ella intenta hacerse un nombre; es Pentecostés si a pesar del sentimiento natural de lograr

y recibir aprobación, se reitera constantemente la propia intención, poniendo la gloria de Dios y el bien de la Iglesia por encima de todos los deseos propios. A veces, es bueno repetir para sí mismo las palabras que un día Jesús pronunció delante de sus adversarios: “Yo no busco mi gloria” (Jn 8, 50).

El Espíritu Santo no anula las diferencias, no aplanan automáticamente las divergencias. Lo vemos en lo que sucede en seguida después de Pentecostés. Antes surge la divergencia sobre la distribución de víveres a las viudas, después aquella más seria si, y con cuáles condiciones, acoger en la Iglesia a los paganos. Pero no vemos por ello formarse partidos o frentes entre ellos.

Cada uno expresa su propia convicción con respeto y libertad; Pablo va a Jerusalén a consultar a Pedro, y en otra ocasión no tiene temor de hacerle ver una incoherencia (cfr. Ga 2,14). Esto les permite, al concluir el debate de Jerusalén, anunciar el resultado a la Iglesia con las palabras: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...” (Hch 15, 28).

Ha sido trazado así el modelo para cada asamblea de la Iglesia. Con una diferencia debida al hecho de que allí la encontramos en fase embrional, en la cual aún no han sido delineados claramente los diversos ministerios y no se ha tomado acto (no hubo ni el tiempo ni la necesidad), del primado otorgado a Pedro, al que le corresponde hacer la síntesis y decir la última palabra.

Mencioné a la Curia: ¡Que regalo para la Iglesia si ella fuera un ejemplo de fraternidad! Ya lo es, al menos, mucho más de lo que el mundo y sus medios de comunicación tratan de hacernos creer; pero puede llegar a serlo cada vez más. La diversidad de opiniones, hemos visto, no debe ser un obstáculo insalvable. Basta que, con la ayuda del Espíritu Santo, pongamos todos los días en el centro de nuestras intenciones a Jesús y el bien de la Iglesia, y no el triunfo de la propia opinión personal. San Juan XXIII, en la encíclica “Ad Petri Cathedram” de 1959, utilizó una frase famosa, de origen incierto, pero de perenne actualidad: “In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus vero caritas”: en las cosas necesarias, unidad; en las cosas dudosas, libertad; y en todas, la caridad.

“Así pues, si hay una exhortación en nombre de Cristo, un estímulo de amor, una comunión en el Espíritu, una entrañable misericordia, colmad mi alegría, teniendo un mismo sentir, un mismo amor, un mismo ánimo, y buscando todos

lo mismo. Nada hagáis por ambición, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando a los demás como superiores a uno mismo, sin buscar el propio interés sino el de los demás” (Flp 2, 1-4).

Son palabras dirigidas por san Pablo a sus queridos fieles de Filipos, pero estoy seguro de que también expresan el deseo del Santo Padre, hacia sus colaboradores y todos nosotros.

Concluimos con la oración que la liturgia nos hace recitar en la Misa votiva por la paz: “Oh Dios, que llamas a tus hijos operadores de paz, haz que nosotros, tus fieles, trabajemos sin cansarnos para promover la justicia que sola puede garantizar una paz auténtica y duradera. Por Cristo Nuestro Señor. Amén”.

[1] *Monumentum Ancyranum*, ed. Th. Mommsen, 1883.

[2] *Evangelii gaudium*, 218.

[3] Cit. de M. Introvigne, *Benedetto XVI e l'islam, un magistero da riscoprire*, en “La nuova bussola quotidiana” del 12 de Agosto de 2014 (Diario online).

(Traducido por ZENIT del original en italiano)

Tercera Meditación de Adviento (19-12-14)

LA PAZ DE CRISTO REINE EN VUESTROS CORAZONES (Col 3, 15)

P. Raniero Cantalamessa ofmcap

1. La paz fruto del Espíritu

Después de haber reflexionado sobre la paz como don de Dios en Cristo Jesús a toda la humanidad y de la paz como tarea en la que trabajar, nos queda hablar de la paz como fruto del Espíritu. San Pablo pone la paz en el tercer lugar entre los frutos del Espíritu: “El fruto del Espíritu, dice, amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia” (Ga 5, 22).

Qué son “los frutos del Espíritu”, lo descubrimos precisamente analizando el contexto en el que tal idea aparece. El contexto es el de la lucha entre la carne y el espíritu, es decir entre el principio que regula la vida del hombre viejo, lleno de concupiscencia y deseos mundanos, y el que regula la vida del hombre nuevo, conducido por el Espíritu de Cristo. En la expresión “frutos del Espíritu”, “Espíritu” no indica el Espíritu Santo en sí mismo, como el principio de la nueva existencia, o incluso “el hombre que se deja guiar por el Espíritu”.

A diferencia de los carismas, que son obra exclusiva del Espíritu, que los da a quien quiere y cuando quiere, los frutos son el resultado de una colaboración entre la gracia y la libertad. Son, por tanto, lo que entendemos hoy por virtud, si damos a esta palabra el sentido bíblico de un actuar habitual “según Cristo”, o “según el Espíritu”, más que el sentido filosófico aristotélico de un actuar habitual “según la recta razón”. Aún, a diferencia de los dones del Espíritu que son distintos en cada personas, los frutos del Espíritu son idénticos para todos. No todos en la Iglesia pueden ser apóstoles, profetas, evangelistas; pero todos indistintamente, del primero al último, pueden y deben ser caritativos, pacientes, humildes, pacíficos.

La paz fruto del Espíritu es por tanto distinta de la paz don de Dios y de la paz como tarea en la que trabajar. Indica la condición habitual (habitus), el estado de ánimo y el estilo de vida de quien, mediante el esfuerzo y la vigilancia, ha alcanzado una cierta pacificación interior. La paz fruto del espíritu es la paz del corazón. Y es de esta cosa tan bonita y tan deseada que hoy hablaremos. Esta es distinta de ser trabajadores de paz, pero sirve maravillosamente también a este fin. El título del mensaje del papa Juan Pablo II para la Jornada mundial de la paz de 1984 decía: “La paz nace de un corazón nuevo” y Francisco de Asís,

mandando a sus hermanos por el mundo, les aconsejaba: “La paz que anunciáis con la boca, tenedla sobre todo en vuestros corazones”.

2. La paz interior en la tradición espiritual de la Iglesia

El alcance de la paz interior o del corazón ha ocupado a lo largo de los siglos a todos los grandes buscadores de Dios. En Oriente, comenzando por los Padres del desierto, esto se ha concretizado en el ideal de la hesychia, del hesicasmo, o de la tranquilidad. Este ha osado proponerse y proponer a los otros una mirada altísima, si no incluso sobrehumana: restar a la mente todo pensamiento, a la voluntad todo deseo, a la memoria todo recuerdo, para dejar a la mente el único pensamiento de Dios, a la voluntad el único deseo de Dios y a la memoria el único recuerdo de Dios y de Cristo (la mneme Theou). Una lucha titánica contra los pensamientos (logismoi), no sólo los malos, sino también los buenos. Ejemplo extremo de esta paz obtenida con una guerra feroz, ha quedado en la tradición monástica el monje Arsenio, el cual, a la pregunta “¿qué debo hacer para salvarme?”, se sintió responder por Dios: “Arsenio, huye, estate en silencio y permanece en la tranquilidad” (a la carta, práctica l’hesychia) .

Más tarde esta corriente espiritual dará lugar a la práctica de la oración del corazón, u oración ininterrumpida, aún ampliamente practicada en la cristiandad oriental y de la que “Relatos de un peregrino ruso” son la expresión más fascinante. Al inicio sin embargo no se identificaba con ella. Era una forma de alcanzar la perfecta tranquilidad del corazón; no una tranquilidad vacía y un fin en sí misma, sino una tranquilidad plena, parecida a la de los beatos, un comenzar a vivir en la tierra la condición de los santos en el cielo.

La tradición occidental ha perseguido el mismo ideal pero por otros caminos, accesibles tanto para los que practican la vida contemplativa como para los que practican una vida activa. La reflexión comienza con Agustín. Él dedica un libro entero del *De civitate Dei* a reflexionar sobre las distintas formas de la paz, dando a cada una una definición que ha hecho escuela hasta nosotros, entre las cuales la de la paz como “tranquilillitas ordinis”, la tranquilidad del orden. Pero es sobre todo con lo que dice en las Confesiones que ha influido en el delinear el ideal de la paz del corazón. Él dirige a Dios, al inicio del libro, casi de pasada, una palabra destinada a tener una resonancia inmensa en todo el pensamiento sucesivo: “Tú nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no reposa en ti” . Más adelante ilustra esta afirmación con el ejemplo de la gravedad.

“Nuestra paz está en su buena voluntad. El cuerpo, por su peso, tiende a su

lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar de cada cosa. El fuego tira hacia arriba, la piedra hacia abajo. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar... Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado” . Hasta que estamos en esta tierra el lugar de nuestro descanso es la voluntad de Dios, el abandono a sus deseos. “No se encuentra descanso si no se consiente a la voluntad de Dios sin resistencia” . Dante Alighieri resumirá este pensamiento agustiniano en su célebre verso: “En su voluntad está nuestra paz” .

Sólo en el cielo este lugar de reposo será Dios mismo. Agustín termina, por eso, su tratamiento del tema de la paz con un apasionado elogio de la paz de la Jerusalén del cielo que vale la pena escuchar para inflamarnos también nosotros del deseo de ésta:

“Está después la paz final [...] En esa paz no es necesario que la razón domine los impulsos porque no estarán, pero Dios dominará al hombre, el alma espiritual el cuerpo y será tan grande la serenidad y la disponibilidad a la sumisión, como grande es la delicia del vivir y dominar. Y entonces en todos y cada uno esta condición será eterna y se tendrá la certeza de que es eterna y por eso la paz de tal felicidad, o sea la felicidad de tal paz será el bien supremo”.

La esperanza de esta paz eterna ha marcado toda la liturgia de los difuntos. Expresiones como “Pax”, “In pace Christi”, “Requiescat in pace” son las más frecuentes en las tumbas de los cristianos y en las oraciones de la Iglesia. La Jerusalén celeste, con alusión a la etimología del nombre, es definitiva “beata pacis visio” , beata visión de paz.

3. El camino de la paz

La concepción de Agustín de la paz interior como la adhesión a la voluntad de Dios encuentra una confirmación y una profundización en los místicos. El maestro Eckhart escribe: “Nuestro Señor dice: ‘Sólo tendréis paz en mí’ (cfr. Jn 16, 33). Cuanto más se penetra en Dios, más nos adentramos en la paz. El que tiene su yo en Dios tiene la paz, el que tiene su yo fuera de Dios no tiene la paz” . No se trata, por lo tanto, sólo de cumplir con la voluntad de Dios, sino de no tener otra voluntad que la Dios, morir completamente a la propia voluntad. La misma cosa se lee, en forma de experiencia vivida, en Santa Ángela de Foligno: “Más adelante, la bondad de Dios me concedió la gracia de hacer de dos cosas una sola, tanto que no puedo querer otra cosa, sino lo que Él quiere. [...] Ya no me hallo más ahora como solía hallarme, sino que fui conducida a una gran paz en la cual vivo con Él y estoy contenta de cualquier cosa” . Un desarrollo diferente, más ascético que místico, lo encontramos en san

Ignacio de Loyola con su doctrina de la “santa indiferencia”. Consiste en ponerse en un estado de disposición total a aceptar la voluntad de Dios, renunciando, desde el principio, a cualquier preferencia personal, al igual que una balanza dispuesta a inclinarse del lado donde el peso será mayor. La experiencia de paz interior se convierte así en el principal criterio en todo discernimiento. Hay que considerar que es conforme a la voluntad de Dios, la elección, que después de una prolongada ponderación y oración, viene acompañada por una mayor paz del corazón.

Ninguna corriente espiritual saludable, sin embargo, ya sea en Oriente o en Occidente, ha pensado nunca que la paz del corazón sea una paz barata y sin esfuerzo. Trató de argumentar lo contrario, en la Edad Media, la secta “del libre Espíritu” y en el siglo XVII, el movimiento quietista, pero ambos fueron condenados por la jerarquía y la conciencia de la Iglesia. Para mantener y aumentar la paz del corazón hay que domar, momento a momento, sobre todo al principio, una revuelta: la de la carne contra el espíritu.

Jesús lo había dicho de mil maneras: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”, “quien quiera salvar su vida, la perderá; quien pierda su vida, la salvará” (cfr. Mc 8, 34 ss.). Hay una falsa paz que Jesús dice que vino a quitar, no a traer a la tierra (cfr. Mt 10, 34). Pablo traducirá todo esto en una especie de ley fundamental de la vida cristiana:

“Los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne llevan al odio de Dios: no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden; así, los que viven según la carne, no pueden agradar a Dios... Si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis” (Rm 8, 5-13).

La última frase contiene una enseñanza importantísima. El Espíritu Santo no es la recompensa a nuestros esfuerzos de mortificación, sino el que los hace posibles y fructíferos; el no está sólo al final, sino también al comienzo del proceso: “Si, por el Espíritu, hacéis morir las obras de la carne, viviréis”. En este sentido se dice que la paz es fruto del Espíritu; es el resultado de nuestro esfuerzo, hecho posible por el Espíritu de Cristo. Una mortificación voluntarista y demasiado confiada de sí misma puede llegar a ser (y a menudo a llegado a ser) también ella una obra de la carne.

Entre los que han ilustrado a lo largo de los siglos, este camino a la paz del corazón, destaca por la practicidad y el realismo, el autor de la Imitación de Cristo. Él se imagina una especie de diálogo entre el Divino Maestro y el discípulo, como entre un padre y su hijo:

Maestro: “Hijo, ahora te enseñaré el camino de la paz y de la verdadera libertad”.

Discípulo: “Haz, Señor, lo que dices porque escucharlo es muy agradable para mí”.

Maestro: “Procura, hijo, hacer antes la voluntad ajena que la propia. Elige siempre tener menos y no más. Busca siempre el último lugar, y estar sometido a otros. Escoge y siempre reza para que la voluntad de Dios se cumpla íntegramente en ti. Así se ingresa en los términos de la paz y la quietud”.

Otro medio sugerido al discípulo es el de evitar la vana curiosidad:

“Hijo, no seas curioso: no te asumas inútiles esfuerzos. ¿Qué te importa esto o aquello? «Tú sígueme». (Jn 21, 22). ¿Qué te importa que aquella persona sea de tal hechura, o diversa, o aquella otra actúe o diga esto o aquello? Tú no deberás responder por los otros; al contrario rendirás cuentas sobre ti mismo. ¿De qué cosa por lo tanto te estás interesando? Sabes que yo conozco a todos, veo todo lo que sucede bajo el sol y sé la condición de cada uno: qué piensa cada uno, qué cosa quiere, qué tiene en vista su intención. Todo tiene que ser por lo tanto, puesto en mis manos. Y tú mantente en paz firme, dejando que los otros se agiten cuanto crean, y pongan agitación en torno de ellos: lo que él haya hecho y lo que haya dicho recaerá sobre él, porque, por lo que a mí se refiere, no me puede engañar” .

4. “Paz porque en ti tiene confianza”

Sin pretender sustituir estos medios ascéticos tradicionales, la espiritualidad moderna pone su acento en otros medios más positivos para conservar la paz interior. El primero es la confianza y el abandono en Dios. “Tú le asegurarás la paz, paz porque en ti tiene confianza”, se lee en Isaías (23, 3). Jesús en el Evangelio motiva su invitación a no temer y a no estar en ansia por el mañana, con el hecho de que el Padre celeste conoce lo que necesitamos, él que nutre a los pájaros del cielo y viste a los lirios del campo (cfr. Mt 6, 5 ss).

Esta es la paz de la cual se volvió maestra y modelo Teresa del Niño Jesús. Un ejemplo heroico de esta paz que viene de la confianza en Dios ha sido también el mártir del nazismo Dietrich Bonhöffer. Mientras estaba en la cárcel y esperaba la ejecución capital, él escribió algunos versos que se convirtieron en un himno litúrgico en muchos países anglosajones:

De las fuerzas amigas maravillosamente envueltos
esperamos con calma el futuro.

Dios está con nosotros por la tarde y la mañana,
estará con nosotros cada nuevo día .

Un escritor franciscano, Eloi Leclerc, en su libro La sabiduría de un pobre,

cuenta como Francisco de Asís encontró la paz en un momento de profunda turbación. Estaba triste por la resistencia de algunos a su ideal y sentía el peso de la responsabilidad de la numerosa familia que Dios le había confiado. Partió de La Verna y viajó a San Damiano para encontrar a Clara. Clara lo escuchó y para animarlo le dio un ejemplo.

“Supongamos que una de nuestras hermanas viniera a mi para disculparse de haber roto un objeto. Bueno, sin lugar a dudas le haría una observación y le daría como se acostumbra una penitencia. Pero si ella viniera a mi para decirme que ha incendiado el convento y que todo se ha quemado o casi, creo que en tal caso no tendría nada que decir. Me sentiría sorprendida por un hecho que es más grande que yo. La destrucción del convento es un hecho demasiado grande para que yo pueda estar profundamente turbada. Lo que Dios mismo ha construido no puede fundarse sobre la voluntad o el capricho de una criatura humana. El edificio de Dios se funda en bases mucho más sólidas”.

Francisco entendió la lección y respondió:

“El porvenir de esta gran familia religiosa que Dios me ha confiado es algo demasiado grande para que dependa de mí solo y me preocupe hasta el punto de estar turbado. Es también, sobre todo, asunto de Dios. Lo has dicho muy bien, pero ruega para que esta palabra germine en mi como una semilla de paz” .

El Poverello regresó entre los suyos sereno, repitiéndose a sí mismo por el camino: “¡Dios existe, y esto basta! ¡Dios existe y esto basta!”. No es un episodio documentado históricamente, pero interpreta bien, en el estilo de los “Fioretti”, un momento en la vida de Francisco y contiene una lección importante.

Nos acercamos a la Navidad y me gustaría resaltar lo que creo que es el medio más eficaz de todos para preservar la paz del corazón y esto es la certeza de ser amados por Dios. “Paz en la tierra a los hombres que Dios ama”, literalmente: “Paz en la tierra a los hombres de (divino) beneplácito (eudokia)” (Lc 2, 14). La Vulgata traducía este término con “buena voluntad” (bonae voluntatis), entendiéndolo con esto la buena voluntad de los hombres, o los hombres de buena voluntad. Pero se trata de una malinterpretación, hoy reconocida por todos como tal, aunque por respeto a la tradición, en el Gloria de la Misa en latín se sigue diciendo todavía “y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”. Los descubrimientos de Qumrán han aportado la prueba definitiva. “Hombres, o hijos, de la benevolencia” son llamados, en Qumrán, los

hijos de la luz, los elegidos de la secta . Se trata, por tanto, de los hombres que son objeto de la benevolencia divina.

En los Esenios de Qumrán “el divino beneplácito” discrimina; son sólo los seguidores de la secta. En el Evangelio, “los hombres de la divina benevolencia” son todos los hombres sin excepción. Es como cuando uno dice “los hombres nacidos de mujer”; no quiere decir que algunos nacen de mujer y los otros no, sino sólo caracterizar a todos los hombres según su forma de venir al mundo. Si la paz se otorgara a los hombres por su “buena voluntad”, entonces sí que estaría limitada a unos pocos, a los que la merecen; pero dado que se concede por la buena voluntad de Dios, por la gracia, se ofrece a todos. “Assueta vilescunt”, decían los latinos; las cosas repetidas a menudo se degradan, pierden mordiente, y esto sucede, por desgracia, también con las palabras de Dios. Tenemos que asegurarnos de que eso no ocurra, también en esta Navidad. Las palabras de Dios son como cables eléctricos. Si pasa la corriente, al tocarlos dan calambre; si no pasa la corriente, o si se usan guantes aislantes, se pueden tocar sin problemas, no dan ningún calambre. La potencia y la luz del Espíritu está siempre en acción, pero depende de nosotros recogerla, a través de la fe, el deseo y la oración. ¡Que fuerza y novedad contenían estas palabras: “Paz en la tierra a los hombres amados por el Señor”, desde que fueron proclamadas por la primera vez! Tenemos que recuperar un oído virgen, el oído de los pastores que las escucharon por primera vez y, “sin demora”, se pusieron en viaje.

San Pablo nos muestra una manera de superar todas nuestras ansiedades y encontrar cada vez la paz del corazón, a través de la certeza de que somos amados por Dios. Escribe:

“Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas? [...] ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? [...] Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a aquel que nos amó” (Rm 8, 31-37).

La persecución, los peligros, la espada no son una lista abstracta o imaginaria; son los momentos de angustia que ha experimentado, de hecho, en su vida; los describe ampliamente en la Segunda Carta a los Corintios (cfr. 2 Co 11, 23 ss). El Apóstol pasa ahora revisión en su mente y constata que ninguno de ellos es lo suficientemente fuerte para resistir la comparación con el pensamiento del amor de Dios. Implícitamente, el Apóstol nos invita a hacer lo mismo: a mirar nuestra vida, tal y como se presenta, a sacar a la luz los miedos y las razones

de tristeza que se esconden allí, y que no nos permiten aceptarnos con serenidad a nosotros mismos: ese complejo, ese defecto físico o moral, ese fracaso, ese recuerdo doloroso; exponer todo eso a la luz del pensamiento de que Dios nos ama y concluir con el Apóstol: “En todas estas cosas, puedo ser más que vencedor, en virtud de aquel que me ha amado”.

De su vida personal, el Apóstol pasa, poco después, a ver el mundo a su alrededor. Escribe:

“Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados; ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor Nuestro” (Rm 8, 37-39).

Él observa “su” mundo, con las potencias que lo hacían entonces amenazante: la muerte con su misterio, la vida presente con sus seducciones, los poderes astrales o aquellos infernales que daban tanto terror al hombre antiguo.

Estamos invitados, incluso en este caso, a hacer lo mismo: mirar, a la luz del amor de Dios, el mundo que nos rodea y que nos da miedo. Lo que Pablo llama la “altura” y la “profundidad” son para nosotros ahora lo infinitamente grande en la altura y lo infinitamente pequeño en la profundidad, el universo y el átomo. Todo está listo para aplastarnos; el hombre es débil y sólo en un universo mucho más grande que él y convertido, además, en aún más amenazador, como resultado de sus descubrimientos científicos, y además las guerras, las enfermedades incurables, hoy el terrorismo... Pero nada de esto nos puede separar del amor de Dios. ¡Dios ha creado el universo y lo mantiene firmemente en la mano! ¡Dios existe y esto basta!

Santa Teresa de Ávila, nos ha dejado una especie de testamento, que es útil repetirnos cada vez que tenemos que recobrar la paz del corazón: “Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta”.

Que el nacimiento del Señor, Santo Padre, Venerables padres, hermanos y hermanas, sea realmente para nosotros, como decía san León Magno, ¡“el nacimiento de la paz”! De las tres dimensiones de la paz: aquella entre el cielo y la tierra, aquella entre todos los pueblos y aquella en nuestros corazones.

Traducido por Zenit

Leyenda de los tres compañeros, 58 (Fuentes Franciscanas, n.1469)
Apophthegmata Patrum, Arsenio 1-3 (J.C. GUY, ed., I padri del deserto. Così dissero, così vissero, Milán 1997)

S. Agustín, Confesiones, I, 1.

Ib. XIII, 9.

S. Agustín, Adnotationes in Iob, 39.

Dante Alighieri, Paraíso, 3, v.85

S. Agustín, De civitate Dei, XIX, 27.

Himno del Oficio de la Dedicación de la Iglesia.

Maestro Eckhart, Sermones, 7 (Ed. J. Quint, Deutsche Werke, I., Stuttgart 1936, p. 456).

El libro de la Beata Ángela, VII (ed. Quaracchi, 1985, p. 296).

Cfr. G. Bottereau, Indifference, en "Dictionnaire de Spiritualité", vol 7, coll. 1688 ss

Imitación de Cristo, III, 23-24.

Von guten Mächten wunderbar geborgen / erwarten wir getrost, was kommen mag.

Gott ist mit uns am Abend und am Morgen / und ganz gewiss an jedem neuen Tag.

E. Leclerc, La sagesse d'un pauvre, Paris, Desclée de Brouwer, 22e éd. 2007

Cfr. Inni, I QH, IV, 32 s, (XI, 9).

S. León Magno, Sermo de Nativitate Domini, XXXVI, 5 (PL 54, 215).